

Extranjería

Cecilia Sinay Millonschik

Febrero 2018

- ¿Sabés que pasé por una casa que parece que es el lugar donde preparan las comidas esas que la propaganda dice que te mandan inmediatamente?

- Pero eso es una aplicación.

- Sí, ya sé que es una aplicación. Pero en algún lado las tienen que cocinar. ¿O las hamburguesas las imprimís en 3D?

- No, es una aplicación. Ahí estarán los administrativos. Ellos tercerizan.

Otoño del 1900 y monedas

Cuando mi viejo vino de Rusia tenía cinco años. No sabía hablar en Castellano. De una aldea rusa a Buenos Aires. Lo primero que le pasó (me contaron) fue que perdió la escarapela (*la Veinticin-cademaya*, informó él). Lo segundo que le pasó (me contaron) fue que perdió un riñón cuando cruzó la Avenida Córdoba (Rivera se llamaba entonces) yendo solo a la escuela (estaba en 1º Inferior) y lo atropelló un auto. Cuando era objeto de bullying le gritaba a los chicos: “Rusito de Mierda”.

1900 y tanto

A mi viejo casi lo devuelven a Rusia por la Ley de Residencia. Mi vieja me pide que rece para que eso no suceda. Yo rezo. Sólo sé el Padre Nuestro por habérselo escuchado a los chicos en la escuela. Y lo rezo muchas veces. Espero que Dios entienda que le estoy hablando de la Ley de Residencia. Tengo más o menos la edad que tenía mi viejo cuando vino de Rusia. Dios debe haberme comprendido y le habrá parecido correcto. Porque estoy acá.

Febrero de 2018

Voy con unos amigos a cenar a un restaurante. Uno de ellos mira su celular:

- Me preguntan qué tal es este restaurante, que dé mi opinión.
- Es que tu celular tiene activado el GPS.

Gran Hermano, un poroto.

Por suerte las redes no atropellan. Al menos no literalmente, aunque el sentimiento es que todo eso te pasa por encima.

Huyo de las redes. No tengo Facebook, ni Twitter, ni Snapchat, ni Instagram, ni Youtube, ni WhatsApp, ni LinkedIn. No quiero que me sigan ni que me espíen, ni que me compren ni que me vendan nada. Invisible, sospechosa y desconfiada.

El otro día leí que alguien dijo que los dinosaurios se extinguieron porque no tenían un Plan B. Será cuestión de poner las barbas en remojo. Pronto las máquinas, dicen los que saben de IA (léase Inteligencia Artificial), van a saber pensar, sentir, entender, decodificar e influir en nuestras decisiones.

Mis nietos viven rodeados de pantallas. Tienen los ojitos y los deditos ágiles. Leo que los chicos ya no saben agarrar el lápiz (sus deditos ya no lo saben hacer) y se están quedando miopes (sus ojitos ya no miran lejos). Me viene a la memoria la historia de los pollos

intervenidos genéticamente Para que nazcan sin patas. Los meten en un cubículo donde sólo comen, cagan y fabrican carne de pollo; que es lo único que se necesita de ellos. Podría ser mito, pero podría ser real. Casi todo lo que se nos ocurre podría ser real.

Mediados del 1900

Me crié en un barrio cosmopolita, polifacético y multirracial.

Doña Manola, la almacenera, solía lamentarse: “Mi hija, pobre-zilla, no queda porque con al ashposho, mi ierno, no she lesh juntan losh ashuntosh”.

Don José, el verdulero, informaba: “escapamo da la güerra, de le bombe, de lambre”

Don Omar, el carbonero, se lamentaba: “Bobre Durco: drabaja, drabaja y no gana nada”

La Negra Josefina, que apareció un día juntada con Don Francisco, el botellero, venía de algún lugar de las islas del Caribe con historias de piratas (solía contar). Andaba de acá para allá con una bolsa con papeles y, cuando se cruzaba con algún vecino que le resultaba confiable, le susurraba su secreto, mostrándole los papeles: “Éste es el plano de donde está enterrado el tesoro de San Martín”. Nunca supe si era algo cultural, si ya venía averiada o si se estropeó con el trasplante.

Doña Sara, la polaca flaca, pelirroja y encorvada, esposa de Don Antonio, el zapatero remendón, me acercó un día a su hijo (“el Coloradito”) para preguntar si yo podía enseñarle, porque había empezado 1º Inferior y no entendía la Castilla. Yo estaba en 2º grado, pero acepté el desafío. Cuando “el Coloradito” aprobó 1º Inferior, me pagaron cinco y me regalaron una caja de bombones.

A Amalia la criaba su abuela, rusa. No sé qué había pasado con sus padres. La vieja tenía fuerza y coraje. Sólo (contaba Amalia) que de noche gritaba y cerraba con tranca puertas y ventanas para que no entraran los soldados del Zar.

Doña Yolanda era de acá, de Santiago del Estero. Pasaba la mitad de la vida en su casa y la otra mitad en el Psiquiátrico. En los intervalos lúcidos solía explicar la razón de su desdicha: “Es que no me hallo en Buenos Aires.”

Si, como dicen, los argentinos bajamos de los barcos; mi barrio parecía ser el Puerto.

Realismo Mágico, un poroto.

A dos cuadras, cruzando la Avenida, había otro barrio. Radicalmente diferente. Silencioso, desierto, no había chicos jugando en la calle ni mujeres barriendo interminablemente las veredas mientras hablaban con las vecinas. No había carros de reparto ni vendedores ambulantes. Ni casamientos ni velorios colectivos. Las casas eran grandes, chalets con jardines perfectos, se oían los pájaros. Definitivamente, rezumaba distinción y riqueza. Los del mío, lo llamaban: “El Barrio de los Ingleses”.

Mi viejo era ruso y judío. Mi vieja era española y católica. Yo podría ser sefaradí. Digo, por la combinación de español y judío. Pero no soy sefaradí. Soy así.

Psicoanalista y Escritora. Pura palabra. Yo sí sé hablar en Castellano. Pura revancha.

Una imagen vale más que mil palabras. Eso no me lo van a contar a mí. Ni pienso dejar de hablar, de contar, de escribir. A mí no me vengan con redes. Por eso será que estoy acá.

Respiro hondo. Mi mayor anhelo es que mis pollos –ahora estoy hablando de mis nietos- encuentren un Plan B.

Ahora que lo pienso un poco más, se me ocurre que todos venimos al mundo sin saber Castellano (o el idioma que corresponda). Y digo el idioma para no enumerar todo lo demás. Tal vez, en definitiva, todos seamos extranjeros en esta vida y en esta tierra, habitantes del Misterio.